

El icono Burges 28-02-08

EN uno de estos sacos rotos -en abril de 2002, icómo pasa el tiempo!- dije que María Pilar Burges era un "icono artístico", para mí y para la Zaragoza de los años cincuenta y sesenta. María Pilar me escribió a los pocos días que llamarla "icono" la había hecho reír a carcajadas. Tan grandes, me decía, que consiguió dominar, por unos momentos, "el estruendo de perforadoras y grandes palas de excavar que siguen ensañándose con el solar de ex-Coso 33". Era cuando había obras en el Arco de Cinegio y María Pilar estaba más allá del borde de un ataque de nervios.

Hacer reír a carcajadas a la Burges debo anotarlo como una de mis grandes conquistas periodísticas, lo digo en serio, porque María Pilar era mujer de gran carácter, a la que no siempre era fácil agradar. Recuerdo que por aquellas días había propuesto al recordado José Luis (de Aroya) montar una exposición de las "diosas blancas" de la pintura aragonesa, y, naturalmente, lo primero que hice fue pedir la colaboración de la Burges que, era, sin duda, la diosa principal. Pero se negó absolutamente a exponer "amontonada". Ella era de mucha individualidad, como deben ser las diosas verdaderas. Sin la diosa principal, la exposición se quedó en agua de borrajas...

Era muy diva la Burges, muy diosa, muy Burges. Por eso le disgustaba tanto que confundieran su apellido. En esa misma carta de las carcajadas, llegaba a decirme que agradecía sobre todo mis columnas a ella dedicadas por lo que suponía ver escrito "Burges" sin errores... Porque estaba harta de verse mencionada como "Burgues, Berges, Burgés, Borges, Burjes...", como detallaba en una nota de esa carta, relación seguida con un "¡NO!", exclamativo y en versales.

Era tremenda la Burges. Había sido, en verdad, el "icono artístico" de Zaragoza, porque en unos determinados años hablar de pintura en Zaragoza era hablar de la Burges, pero fue siempre, más allá del arte, un icono femenino. Y ahora se nos ha muerto. A Zaragoza le falta un icono.